

cascabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

—No hay que apurarse, dijo Sansón; el *Zorro* nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos.

—Amén, amén, amén, contestó el humilde *Zorrito*.

Y quedaron de acuerdo en que lo llevarían el primer jueves; que irían todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquín, llevarían otros cuatro compañeros más; con eso había muchos de quién pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarían la culpa á los nuevos compañeros que llevarán, en caso de que la *Quijotita* ó su mamá les reconvieran. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar y se fueron corriendo al refectorio.



CAPITULO XXI

En el que se cuenta una conversación que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo ésta, cuando supo que le habían puesto *Quijotita*

Al día siguiente fué Pomposa, alias la *Quijotita*, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquira, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana:

—Mira, papá, y qué bonito está el retrato de Pom-

posa. — Sí está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato. — ¿Pues qué, el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. — El se parece á tí, le respondió su tío; pero tú no te pareces á él, porque el retrato tiene dos ventajas que tú no tienes. La primera es que está muy bien asegurado con el cerco y no le da ni el polvo, por estar debajo de vidrios, y tú no tienes mucha seguridad. ¿Con quién viniste? — Con la recamarera. — ¿Y tu madre por qué no vino contigo? — Porque estaba ocupada. — Cualquiera ocupación importa menos que acompañarte, y no dejarte andar sola en la calle. — ¿Pues no le digo á usted que no vine sola, sino con la recamarera? — ¡Grande persona para que te cuidel — ¡Adiós, tío! ¿Pues qué me ha de suceder? — ¿Cómo qué? darte un tropezón. — ¡Qué tropezón me he de dar! Si ya soy grande. — Por lo mismo. Las niñas grandes son las que tienen más riesgo de tropezar, y cuando en uno de esos tropiezos caen de espaldas no sanan del golpe en su vida. — Pues yo tendré cuidado de no caerme, tío. — Dios lo quiera. — ¿Y no me dice usted cuál es la otra ventaja del retrato? — ¿Por qué no? mira: El retrato, guardadito como está, puede durar cuarenta ó cincuenta años sin que se le bajen los colores ni se le entristezcan los ojos. De aquí á ese tiempo estará tan bonito como ahora; pero tú, si vives entonces, ya serás una vieja arrugada y regañona. ¿Díme si no quisieras

parecerte al retrato en la conservación de tu hermosura?

— Es verdad, tío; pero yo he oído decir que la que es buena moza es buena vieja.

— Eso has oído decir tú; mas yo no he visto ninguna vieja que sea buena moza. Todas las viejas son viejas y ninguna es bonita. La belleza de las mujeres tiene tres enemigos, y ninguna se escapa de caer en manos de alguno de ellos. Ó la enfermedad ó la vejez ó la muerte dan cuenta de ese frágil don de la naturaleza. Una fiebre, unas viruelas mal asistidas ú otro accidente, de la noche á la mañana dejan fea á la muchacha más bonita; si no es esto, y viven sanas las hermosas, los años les arrancan los dientes, les emblanquecen el pelo, les pliegan y manchan el cutis y las desfiguran de modo que ni ellas mismas se conocen al verse en el espejo. Sólo una muerte temprana las libra de caer en la fealdad.

— ¡Ay, tío! pues más que me muera yo muchacha, como no me ponga fea.

— Esa es mucha presunción, hija mía; estás muy pagada de tu hermosura; pero no te engañes. Mejor es que conserves la belleza de tu espíritu que la de tu cuerpo. Esta es una prenda de la naturaleza que debes apreciar y darle por ella infinitas gracias á su Autor; pero no debes de ninguna manera fiar tu felicidad de tu carita.

La belleza de las mujeres puede ser el origen de sus dichas ó de sus desgracias temporales, según el uso que hicieren de ella; pero como, por lo común, hacen mal uso, se sigue que apenas hay bonita que no sea desgraciada, especialmente entre las pobres.

La carita hermosa es el imán de infinitos seductores; éstos cercan al dueño y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas y las promesas de parte de los hombres y la necesidad de parte de las mujeres, será casi un milagro hallar, entre mil de éstas, una siquiera que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentación.

Por lo regular estas bonitas se rinden muy fácilmente, y rendidas á uno, después son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego de los dados, y éste es el modo más corriente con que se labran su desgracia.

Las hermosas ricas no están muy libres de estos peligros. También se ven acosadas de enemigos que las seducen incesantemente, aunque el maldito interés no influye en ellas tanto. Este medio inicuo, tan poderoso cuando se encuentra con la necesidad de la mujer, no tiene fuerza ninguna, ó á lo menos se debilita mucho cuando ésta no conoce la pobreza; por eso pienso yo que hay menos ricas infelices que pobres.

¿No has oído decir que *la fortuna de la fea la bonita la desea*? Pues esto no significa otra cosa, sino que hay algunas mujeres que no habiendo logrado de la naturaleza unos rostros hermosos, se dedicaron á cultivar su espíritu con la virtud y la instrucción para hacerse amables de los hombres; y como éstos, cuando son prudentes, solicitan mejor para casarse una mujer que no una miniatura, de ahí es que muchas de éstas no bellas encuentran algunas veces unos hombres de bien que las estimen, conociendo el mérito que tienen, y de esta suerte puede una fea ¹ labrarse su fortuna; fortuna que deseará tal vez una bonita, que no teniendo más atractivo que su cara, pasa mala vida, ó porque habiéndose concluido los días de su belleza, la aborreció el marido, que sólo se casó con ella por bonita, ó porque, el marido que pasa una vida tan amarga, ¿se la dará muy dulce á su mujer?

De todo lo dicho debes sacar dos consecuencias, y asentar un principio, que te será muy útil en el discurso de tu vida. *Primera:* que siendo la belleza de la mujer un bien tan fugaz, tan frágil, que se pierde con cualquiera grave enfermedad é infaliblemente con la vejez, será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante. *Segunda:* que los defectos del cuerpo se hacen

¹ Se habla de aquellas feas que no espantan; no de una deforme espantosa... ¡Oh qué noticia tan consolatoria!

muy tolerables, compensados con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vicios, jamás pueden hacerse tolerables, aunque se escondan bajo de un rostro hermoso. Conque, según eso, será prudencia y conveniencia propias (éste es el principio que no debes olvidar) de la mujer, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instrucción, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son más eficaces que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos y conducirla á una felicidad sólida y permanente. ¡Eh! insensiblemente ya les he dado un rato de conversación. Sigán ustedes ensartando su chaquira.

Diciendo esto, se retiró el coronel y las dejó solas.

—¡Ah, *caramba*, niña! ¡y qué tieso es mi tío! decía Pomposa. ¡Mira qué sermón tan largo nos ha echado en tanto que el aire! ¿Qué, siempre es así?

—Siempre, contestó Pudenciana; mi papá no deja ocasión que no me instruya con buenos documentos y consejos. Dios se lo pague y me lo guarde muchos años. —¡Ay, niña! ¿Pues qué, te gusta que te estén sermoneando todo el día? —Como esos sermones se reducen á mi bien, no me enfadan; antes los agradezco como es justo. —Es verdad; pero lo harás tú que ya estás hecha. Yo, como no estoy acostumbrada, no sé qué se me había de hacer que me estuvieran predicando sin

cesar. —Pues, hermana, si no te gusta oír á mi papá no vengas á mi casa, porque yo no le he de decir que se calle la boca por no disgustarte. A más, que la instrucción de ahora te la dijo á tí para que yo la entendiera. Le tengo bien comprendido su modo; así no creas que dirigió el sermón á tí.

—Pero, después de todo, proseguía Pomposa, mi tío es muy escrupuloso, muy tétrico y adusto; me parece que te tiene en un puño, y que te pasarás una vida de monja recoleta.

—Pues te engañas de medio á medio, porque mi papá me quiere mucho y tiene un genio muy dulce y muy afable, y me da gusto en cuanto quiero. Si vieras cómo me acaricia como si fuera una criatura de tres años, variarías de concepto y aun te llenaras de envidia si lo vieras cuando estoy enferma. ¡Jesús! si es mucho! De un dedo que me duela ya no sabe el pobrecito de papá qué hacerse conmigo. Él me cura, me contempla y me chiquea con la mayor ternura. Yo fuera la hija más ingrata del mundo si dejara de agradecer sus finezas. No tengo con qué pagarlas sino con amarlo mucho y dárselo á entender, obedeciéndolo en cuanto me manda; y esto lo hago tan de buena gana, como que conozco que nada me manda ni me aconseja que no sea por mi bien.

—Pues entonces yo me había engañado en pensar que te regañaba mucho y te tenía muy oprimida; pero